

LA RETÓRICA DEL IMPERIO

*El discurso colonial en periodismo, escritura de viajes
y administración imperial*



David Spurr

Traducción
Cristina Márquez

Revisión del texto e investigación bibliográfica
Marcelo Sanhueza

Dirección del proyecto y presentación
José Leandro Urbina



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

ÍNDICE

Presentación	13
Introducción	17
Capítulo I VIGILANCIA. Bajo la mirada de Occidente	35
Capítulo II APROPIACIÓN. Heredar la tierra	57
Capítulo III ESTETIZACIÓN. Bellezas salvajes	79
Capítulo IV CLASIFICACIÓN. El orden de las naciones	107
Capítulo V DEGRADACIÓN. Suciedad y corrupción	129
Capítulo VI NEGACIÓN. Zonas de oscuridad	153
Capítulo VII AFIRMACIÓN. La carga del hombre blanco	177
Capítulo VIII IDEALIZACIÓN. Extraños en el Paraíso	201

Capítulo IX

INSUSTANCIALIZACIÓN. Ver como en un sueño 225

Capítulo X

NATURALIZACIÓN. La naturaleza en forma humana 247

Capítulo XI

EROTIZACIÓN. El harén de Occidente 267

Capítulo XII

RESISTENCIA. Notas para una apertura 287

BIBLIOGRAFÍA 313

PRESENTACIÓN

LA RETÓRICA DEL IMPERIO

“Gran parte de la historia del mundo es la historia de los imperios”, afirma Stephen Howe en la publicación de Oxford, *Empire: a very short introduction* (p. 1), y agrega: “En verdad, podría decirse que toda historia es historia imperial –o colonial– si uno plantea una definición amplia y va hacia el pasado remoto”.

Si bien el pasado remoto no es nuestro objetivo, podemos afirmar que el fenómeno del Imperialismo ha preocupado a los latinoamericanos por más de un par de siglos. El “cierre” del proceso de independencia de España no impidió los intentos de sometimiento negociado por parte de Fernando VII ni la inevitable presencia militar de Inglaterra, Francia y luego los Estados Unidos, buscando activamente capitalizar con la percibida debilidad de la joven elite criolla. Esta, en algunos casos, se mostraba dispuesta a entrar en nuevas relaciones de dependencia con las admiradas naciones europeas, actitud que inquietaba a algunos sectores de los nuevos dirigentes, y que se transformó en fuente de división y tensiones que obligó a la naciente burguesía hispanoamericana a tomar posiciones tanto frente a una larga historia de invasiones como a las obvias posibilidades de agresión por parte de las potencias europeas y los anglosajones del norte. El caso de las naciones del Río de la Plata es ejemplar.

Pero la historia no comenzaba allí. Desde la instalación del Imperio español, Francia, Inglaterra y Holanda fueron frecuentes visitantes de las islas del Caribe y de las costas Atlánticas del continente. El interés en participar en el banquete americano, la voluntad de competir en el acto de depredación, de ser parte del reparto, buscó desde temprano su justificación en la injusticia de las bulas papales que concedían a España y Portugal dominio

absoluto sobre América. Concretada la escisión del mundo cristiano, los reinos protestantes se consideraron liberados de la autoridad papal, por lo que los compromisos que el Papa hubiera adquirido con las monarquías católicas leales, no tenían validez.

Los españoles habían desplegado su política expansionista, usando el traje de los antiguos romanos y el apoyo de una Iglesia crecida al alero del antiguo Imperio, como reivindicando el intento de construcción de la deseada *Monarquía universal*, la *Universitas Christiana*, por la que lucharía Carlos V recogiendo el sueño de sus antecesores medievales. El rey Habsburgo renovaba la relación, en la era moderna, de lo que fue la íntegra asociación entre estas dos instituciones.

Esta compenetración sería notable incluso en el lenguaje de las escrituras cristianas. En su libro *The power of the Word* (El poder de la palabra), Elizabeth Schüssler Fiorenza, describe los Evangelios, asumiendo el punto de vista de la crítica postcolonial, como determinados en parte por su vínculo con el Imperio romano. Dice:

Las escrituras cristianas y sus interpretaciones podían y pueden ser usadas al servicio del Imperio, de la expansión colonialista, de la explotación racista y de la discriminación hétero-sexista, porque ellas fueron formuladas en el contexto del poder imperial romano y por lo tanto están determinadas por ese contexto retórico político imperial. Ellas abogan e inculcan los valores del Imperio: sumisión, violencia y exclusión, ellas también hablan de Dios y de Cristo por analogía con los emperadores, pues se presume son hombres (*The power of the Word*, p. 6).

Schüssler explicita que, históricamente, las relaciones entre los discursos políticos y religiosos, producidos en el seno de los sistemas imperiales, se ven afectadas, en su totalidad, por las ideologías que sostienen y prestan grados de coherencia a sus objetivos.

En las cartas, crónicas y relaciones de los exploradores y conquistadores españoles sobre América se manifiesta claramente este entramado discursivo generado durante siglos por las relaciones entre los pueblos que configuraban el mundo mediterráneo. Anthony Pagden ha tratado extensamente el problema de la formación histórica de las ideologías de Imperio en su excelente libro *Señores de todo el mundo* (1995). La retórica de los conquistadores, articulada con elementos renacentistas, que representan la recuperación de modelos escriturales del mundo antiguo, y con remanentes de la cultura medieval, funcionará como una parcial matriz de los discursos imperiales de épocas posteriores. Reconociendo las diferencias en complejidad que impone la evolución histórica en el campo cognitivo y en los desarrollos tecnológicos, es preciso reconocer también que los elementos residuales siguen operando en la cultura. Si bien los españoles abren las puertas del nuevo *orbis terrarum*, encabezando la expansión territorial europea y modelando sus discursos, la cultura imperial es una obra de conjunto.

Podemos afirmar que David Spurr comparte esta premisa, pero su trabajo se remite al estudio de la retórica de los discursos imperiales europeos y estadounidenses de la modernidad tardía (1870-1960 aproximadamente). El libro no busca dar cuenta del desarrollo histórico de la producción discursiva del colonialismo, sino que busca identificar y analizar algunas de las más importantes figuras retóricas con las que estos imperios han construido sus discursos de dominación colonial.

Declarado el fin del colonialismo europeo, Spurr reconoce la persistencia de las marcas conceptuales y temáticas en las formas con que las ex potencias hablan de sus antiguos dominios. Este reconocimiento da plena actualidad a su obra. La escritura de europeos y estadounidenses no se ha deshecho del lenguaje imperial y eso podemos comprobarlo en los discursos que acompañan a las recientes intervenciones de los Estados Unidos y sus aliados en Irak, Afganistán, Libia y otros países africanos. Pero, considerando

su vigencia, también es importante añadir, que el trabajo de Spurr puede ser utilizado para examinar, entre otros, los textos de la conquista española de América. Muchas de las estrategias retóricas analizadas por Spurr, aquellas que justifican la violencia y la dominación de pueblos vulnerables, pueden ser encontradas en los textos colombinos y las cartas de sus acompañantes, como Michel de Cúneo o Diego Álvarez Chanca, en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, en el *Descubrimiento y conquista del reino del Perú*, de Pedro Cieza de León, en el *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*, de Alonso González de Nájera y en muchas más si no en todas las obras que componen el canon del período colonial.

La profundidad de los análisis, las conexiones que establece Spurr entre diferentes géneros discursivos y perspectivas teóricas, dan a su propuesta la flexibilidad suficiente para que los investigadores interesados en la literatura colonial puedan ampliar el campo de estudio sin que las herramientas pierdan pertinencia.

En reconocimiento de este aporte, nuestra colección Estudios de Literatura con el apoyo de la editorial de la nuestra universidad quiso poner a la disposición de la comunidad académica este libro que estimamos constituye una muy significativa contribución a los estudios coloniales.

JOSÉ LEANDRO URBINA
Santiago, 12 de octubre de 2013

INTRODUCCIÓN

En términos formales, el fin del colonialismo europeo durante la segunda mitad del siglo XX ha dado lugar en los últimos años a una nueva variedad de estudios consagrados a reexaminar la historia, la política, la psicología y el lenguaje de la colonización. Ciñéndonos al ámbito de los estudios literarios, los académicos han experimentado un significativo cambio de paradigma por el cual las obras literarias, que antes se estudiaban principalmente como expresión de los ideales tradicionalmente occidentales, ahora son leídas también como testimonios del modo en que esos ideales han sido útiles para el proceso histórico de la colonización. Los lenguajes particulares que pertenecen a este proceso, haciéndolo posible al mismo tiempo que son generados por él, se conocen de manera colectiva como discurso colonial.

En los siguientes capítulos, me propongo identificar los dispositivos retóricos básicos de este discurso y estudiar de qué modo ha sido utilizado tanto en el periodo moderno del colonialismo europeo (1870-1960, aproximadamente) como en el más reciente periodo de descolonización. Este estudio, que obtiene sus ejemplos principalmente de documentos escritos por británicos, franceses y estadounidenses de los siglos XIX y XX, ofrece una introducción general al discurso colonial europeo moderno. Sin centrarse en un área geográfica o un momento histórico estrictamente definidos, pone énfasis en el análisis retórico más que en la narrativa histórica y, si bien toma prestados algunos términos de la teoría literaria

contemporánea, lleva este análisis más allá de las fronteras de la literatura hacia otras formas de escritura.

En el curso de este estudio, se pondrá de manifiesto que lo que llamamos discurso colonial no es ni un sistema monolítico ni un conjunto finito de textos; más bien, podría describirse como el nombre que damos a una serie de discursos colonizadores que tienen en común ciertos elementos, a pesar de adaptarse cada uno a una situación histórica particular. Esta serie está marcada por una repetición interna, pero no por una totalidad que la abarque completamente. En cierta forma, es una serie que continúa hasta lo que llamamos el mundo postcolonial de hoy. Al hablar de discurso colonial, inevitablemente pisamos un terreno inestable, ya que tratamos de identificar ciertos ademanes colonizadores en el lenguaje, al mismo tiempo que reconocemos la imposibilidad de contenerlos dentro de un campo textual delimitado. Este estudio, por tanto, se desarrollará en un espacio fronterizo, dentro de un área de tensión entre la definición y la incapacidad de definir, entre el intento de limitar mi ámbito de investigación y el reconocimiento de su pluralidad incontenible.

La naturaleza problemática de este ámbito ha exigido enfoques críticos imaginativos y, a menudo, no tradicionales. Considerando solo el mundo angloparlante, una serie de estudios comenzaron a generar en los últimos años un nuevo conocimiento del discurso colonial y sus variantes, como el discurso orientalista, el africanista o el primitivista. Edward Said, Christopher Miller y Patrick Brantlinger han analizado los discursos del colonialismo principalmente en obras canónicas de la literatura inglesa o francesa y en novelas populares de aventuras. James Clifford y Marianna Torgovnick han escrito sobre las conexiones entre la literatura, el arte y la etnografía del siglo XX. Mary Louise Pratt ha publicado un exhaustivo análisis sobre los relatos de viajes como parte de la historia del imperialismo europeo desde el Renacimiento. Sara Suleri ha estudiado la retórica de los británicos en la India. Ashis Nandy ha revitalizado el examen

de la psicología de la colonización. Gayatri Spivak y Hommi Bhabha han ayudado a formular modelos teóricos para lo que promete ser un proyecto intelectual en renovación constante.

Mi trabajo, que está en deuda con todos estos autores, pretende volver a los principios básicos del estudio retórico y, al mismo tiempo, expandir su campo de investigación hacia algunas áreas nuevas. He encontrado la mayoría de mis ejemplos en el periodismo, literario o popular, y en otros géneros relacionados con él, como relatos de exploraciones, relatos de viajes y memorias de funcionarios coloniales. Este foco en la escritura no ficcional está motivado por el deseo de examinar una forma del discurso no mediada por las exigencias conscientemente estéticas de la literatura. Convencionalmente, se espera del periodismo que esté cimentado en la realidad histórica y esto lo distingue de la ficción. La relación del periodismo con la realidad se entiende como fundamentalmente metonímica e históricamente referencial, no como metáfora y auto-referencial. En general, la escritura no ficcional combina con frecuencia esta cualidad metonímica con la ausencia de un cierre formal, de manera que se abre directamente a las fracturas y las contradicciones de la epistemología colonialista.

No obstante, pretendo mostrar cómo el periodismo y otras formas no ficcionales, a pesar de la expectativa convencional, se apoyan en el uso del mito, el símbolo, la metáfora y otros procedimientos retóricos asociados normalmente a la ficción y a la poesía. Por consiguiente, presento la escritura no ficcional, y el periodismo literario en particular, como el medio para llevar a cabo un análisis introductorio del discurso colonial. Las preguntas a las que vuelvo continuamente son las siguientes: ¿cómo construye el escritor occidental una representación coherente a partir de las extrañas y (para él) a menudo incomprensibles realidades a las que se enfrenta en el mundo no occidental? ¿Cuáles son los presupuestos culturales, ideológicos o literarios en los que está basada esta construcción?